



## Acción de gracias L aniversario de las Librerías Ars Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote

Al final del año litúrgico, la Palabra proclamada hoy nos invita hoy a meditar la primera parte del discurso de Jesús sobre la meta de la historia. Inminente ya su pasión, Jesús pronuncia una palabra autorizada acerca del final de los tiempos y el acontecimiento que recapitulará toda la historia: la venida en gloria del Hijo del hombre (cf. Lc 21, 27), precedida de algunas señales que los discípulos deberán saber leer inteligentemente.

Jesús nos ofrece su visión sobre la historia del mundo que vendrá después de él. La primera lectura es una profecía que ve por adelantado la última fase de la historia en la cual son separados los malvados, que serán quemados como paja, de los justos, que brillarán como el sol. En el Evangelio, en cambio, Jesús presenta los rasgos permanentes que tendrá la vida de sus discípulos en la historia diaria.

En el texto evangélico aparece en primer lugar la **diferencia entre la mirada de Jesús y la de «algunos» otros sobre el templo**. Mientras estos últimos admiran sus «bellas piedras y los exvotos», Jesús, con mirada lúcida y profética, ve su fin ya próximo. Como el templo y todo su sistema cultural, así también las construcciones y realizaciones más «santas» del hombre están destinadas a terminar: no son ellas las que deben ocupar nuestra atención, sino el Señor que viene, del cual estas realidades son sólo un signo.

El templo, morada de Dios entre los hombres y lugar de encuentro del hombre y Dios, va a ser en adelante Jesucristo mismo, muero y resucitado; y con él, que es la Cabeza, los miembros de su Cuerpo. El templo va a ser la Iglesia, Cuerpo de Cristo y edificio espiritual de piedras vivas, construido sobre el fundamento de Cristo como roca y piedra angular, y sobre apóstoles como columnas. Por ello, el templo de Jerusalén tenía una duración religiosa transitoria. Si bien su destrucción fue consecuencia de circunstancias históricas humanas, a través de ellas se manifestó el juicio de Dios.

A la pregunta de los discípulos por el final de los tiempos y las señales de su llegada, Jesús responde con la **exhortación al discernimiento**. En primer lugar para oponerse al engaño de los falsos profetas y maestros: « Muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo: `Yo soy' -el nombre de Dios, según Ex 3, 14-y `Ha llegado la hora'». Ciertamente Jesús ha anunciado que aparecerán en la escena de la historia de la Iglesia «falsos Mesías y falsos profetas» (Mc 13, 22), siempre dispuestos a arrogarse títulos que no les corresponden. Existe, sobre todo, un criterio de discernimiento para desenmascarar a estos falsos mesías y profetas; éstos no tienen «los modos de Jesucristo» (cf. Didajé XI, 8). El Mesías verdadero ha venido para servir y no para ser



servido; los falsos buscan el poder para dominar a su arbitrio a los demás (cf. Lc 22, 24-27).

El cristiano está llamado a resistirse a los halagos de estos impostores pronunciando con decisión su propio «no» y recordando que el mandamiento de Jesús: «No los sigáis», es tan claro como su «Seguidme»...

En verdad, el Evangelio de hoy no trata sólo del fin del mundo, sino sobre todo de la existencia diaria de la Iglesia en la historia de una creación que espera su restauración definitiva y plena en el nuevo cielo y la nueva tierra; Jesús anuncia lo que va a ser nuestra vida cotidiana de discípulos en el tiempo de la dolorosa y dichosa (cf. Sant 5, 11) perseverancia, que nos salva.

En consecuencia, Jesús exhorta a sus discípulos a **interpretar las guerras y catástrofes naturales sin ceder al miedo**: se trata de sucesos históricos que afectan a la humanidad de todos los tiempos y que él menciona no para alarmar, sino para revelar «los dolores de parto» (Rom 8, 22) con que gime la creación, la cual camina hacia un final preparado por Dios, «hacia los cielos nuevos y la tierra nueva del Reino».

Y, sobre todo, **previene a los discípulos para fortalecerlos ante las futuras persecuciones**. Antes de que se cumpla todo lo anunciado sobre el final, dice Jesús: «os echarán mano y os perseguirán... por causa de mi nombre». Esta es la gran señal anunciada por Jesús, la persecución de sus discípulos, incluso por parte de parientes y amigos. Por otro lado, ya lo había dicho Jesús: «Un discípulo no es más que su maestro... Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros» (Lc 6, 40; Jn 15, 20). Es normal que los cristianos sean hostigados por el mundo, pero esta hostilidad constituye la prueba de su fidelidad al Señor: si él, el Justo, ha sido injustamente perseguido, ¿por qué habría de suceder de otra manera con los discípulos? Más aún, la persecución se convierte para los cristianos en «ocasión de martyría, de testimonio», con la certeza de que el Espíritu Santo, enviado por el Señor Jesús, nos asistirá en la hora de la prueba (cf. Lc 12, 11-12). El Espíritu será el defensor y podrá en nuestra boca palabras de verdad, que serán irrefutables.

Nosotros tan sólo debemos preocuparnos de vivir la virtud cristiana de la perseverancia en el seguimiento, a la que Jesús vincula una extraordinaria promesa: «Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras vidas». La vida cristiana no es cuestión de una temporada, sino que requiere perseverancia hasta el final: el cristiano es aquel que persevera en el amor, que continúa haciendo el bien entre los hombres, aun a costa de su propia vida. Y la persecución no es sino una ocasión para vivir la comunión con los sufrimientos de Cristo y mostrar la caridad hasta el límite extremo enseñado y vivido por él: el amor a los enemigos (cf. Lc 6, 27-28; 23, 34).

La fidelidad en el seguimiento del Señor y el testimonio de su amor debe llevar al cristiano al trabajo diario. “*El que no trabaja, que no coma*”. Pablo nos urge a seguir



Carlos López Hernández

su ejemplo de vivir del propio trabajo, a fin de no ser una carga para nadie. Y también nos urge al trabajo al servicio de la Iglesia, en orden a la realización de su misión.

Salamanca, Noviembre de 2010